

ARGELIA, LA SEGURIDAD INTERNACIONAL Y LOS DESAFÍOS DEL MAGREB

Francisco Auza

El extremo norte de África, África Blanca por su nombre coloquial, también conocida como la zona del Magreb, se compone por un conjunto de Estados entre los que se encuentran Argelia, Libia, Marruecos, Mauritania y Túnez. Estas unidades territoriales comparten el dialecto magrebí y conforman el acuerdo económico comercial de la Unión del Magreb Árabe, cuya firma tuvo lugar en el año 1989.

Los países de esta zona son los menos integrados del mundo, en relación a la baja proporción del comercio intrarregional, inferior al 5% del intercambio total, y a las políticas económicas, comerciales y financieras restrictivas que atentan contra el desarrollo del bloque¹. Al interior del Magreb y de esta unión económica, resalta la República Democrática Popular de Argelia como el estado más grande del continente africano, con una superficie que alcanza los 2 381 741 km² y una población que supera los 46 millones de habitantes³. Con capital en Argel y el Islam -de la rama sunita- como religión mayoritaria, el Estado se organiza en materia política bajo un sistema semipresidencial cuyo jefe de Estado, el presidente Abdelmadjid Tebboune, fue reelecto el 7 de octubre de 2024⁴, y una jefatura de gobierno que recae en la figura de un primer ministro (actualmente Nadir Larbaoui, desde 2023).

La fascinante geografía argelina reúne y combina enormes extensiones de desiertos, oasis, llanuras y de montañas que diversifican los escenarios y rompen la monotonía del paisaje desértico, que si bien cubre el 85% del territorio, en el caso del Sahara, asienta importantes tierras de cultivo como la de la región del Tell, en donde reside la mayor parte de la población.

Esta diversidad geográfica tiene lugar en los múltiples escenarios locales, y es uno de los desafíos con los que se enfrenta la estabilidad política y social de Argelia.

El mosaico interno y el espejismo de la seguridad

La dura y salvaje geografía argelina convive con la cruda realidad por la que atraviesa el Estado, la reelección del presidente en 2024 no logró calmar el malestar político ni aliviar la necesidad de bienestar económico de la población. La baja participación de la población en los comicios electorales (tan solo un 46,1%) se suma a los reclamos de las organizaciones internacionales por la falta de libertades civiles y las farsas autonomías del presidente, que en su momento se apoyó en el momento *Hirak* para evitar un quinto mandato del, entonces presidente, Abdelaziz Buteflika y asegurar el retorno a los cuarteles de los militares (Ayerra Fraile, 2024). Y que actualmente hace lo mismo que su predecesor: apoyarse en el *statu quo* dispuesto por el partido hegemónico del país, el Frente

de Liberación Nacional (FLN).

La combinación de la apatía política electoral y el deterioro de las libertades individuales es un combo perfecto para el aumento del control político en manos del gobierno. En tal sentido, podría seguir el camino del FLN al controlar la totalidad del aparato del Estado y valerse del apoyo de las Fuerzas Armadas como jueces y poder moderador del sistema político argelino. La actual situación de Argelia de sistema de partido dominante bien podría convertirse, en un futuro próximo, en uno de partido único equivalente a uno de corte autoritario. Más aún al considerar un régimen político cívico militar en donde el control de recursos y espacios vitales –no atinentes a la defensa o seguridad nacional– no concierne más al ámbito civil sino sólo al militar.

Al problema del control del régimen y la ciudadanía de Argelia, con una población apática y abúlica que agota sus esperanzas frente al avance del poder político militar, se suma la pasada experiencia revolucionaria de la Primavera Árabe, que resultó en fracaso conforme a los objetivos que propuso. La falta de regulación y equilibrio político entre los propios poderes e instituciones del Estado, al igual que la inexistencia de aquellos provenientes de la ciudadanía ante el apabullante poder del gobierno, apagan las pocas fuerzas remanentes para la auditoría y control del poder gubernamental.

Las alternativas políticas al poder del gobierno son débiles y sin peso propio. Además del exiguo rol del movimiento Hirak, las restantes fuerzas procedentes de la izquierda y de los partidos islamistas carecen de fuertes pisos y caudales electorales. Esta situación es hoy visible y tuvo también lugar con el Frente de Fuerzas Socialistas (FFS), que impulsa las ideas de izquierda en Argelia y que tan sólo alcanzó un 6% de los votos en las pasadas elecciones o, en el caso de las agrupaciones con impulso y fundamento religioso en el Islam, el Movimiento de la Sociedad por la Paz (MPS) con casi un 10% de los votos.

La frágil competencia electoral, el deterioro de la oposición y la vulneración de los derechos civiles y políticos de la población argelina residen en un régimen laico, con apoyo en las Fuerzas Armadas como aparato del uso de la fuerza y que saca provecho del adormecimiento de una población imperterrita y silenciosa.

En un escenario de débiles instituciones, de ausencia de controles y de un legítimo Estado de Derecho, la proximidad del caos social y la anarquía se hacen previsibles. Y si a estas condiciones se agrega la crisis sociopolítica que se asienta sobre las bases de una creciente inflación, que superó el 7% para comienzos de 2025 y que socava la calidad de vida, una tasa de desempleo del 12% (31% para la población joven) y un inútil intento de diversificar la economía, la consecuencia del deterioro social y la falta de legitimidad del régimen es inevitable.

El gobierno argelino causó una profundización de su propia agonía al desestabilizar la industria estratégica y emblemática del Estado: la hidrocarbúrfica. Esta industria llegó a componer el 31,1% del Producto Bruto Interno, y a partir de la desinversión del Estado en esta, se produjo una fuerte caída en el crecimiento económico y un marcado deterioro en la calidad de vida de la población.

Con base en los precedentes desaciertos y antecedentes, la imagen de fortaleza institucional que el gobierno de Tebboune intenta instalar se convierte en un espejismo.

Cuando las grandes dimensiones y el privilegio del enclave territorial se convierten en una carga insostenible por la inviabilidad interna y las exigencias externas

El 5 de julio de 1962 se zanjó el largo conflicto de siete años que concluyó en la independencia de Argelia del régimen colonial francés, este conflicto involucró a una gran parte de la población, y dejó un saldo trágico de pérdida de vidas. Y aunque han pasado casi sesenta y tres años, subsisten los recelos de la población argelina hacia los Estados europeos, no solo de Francia, de cara al respeto de sus costumbres y estilo de vida de esta cultura y del propio Magreb.

El enclave geográfico del Magreb y, de manera particular, de Argelia le permite una rápida y directa vía de comunicación con el Mediterráneo y, a partir de él, con Europa. La proximidad con el viejo continente le brinda una serie de facilidades en cuanto a la conexión fluida de la cultura, la comunicación aérea y fluvial, el intercambio comercial y el flujo de personas. Este último punto, sin embargo, significa un problema para Europa, ya que algunas naciones del Magreb sirven de trampolín para la llegada de un enorme número de personas que migran desde África en búsqueda de mejores condiciones de vida.

Este puente migratorio no solo es utilizado por países son franja costera mediterránea, sino que desde la propia Argelia son cada vez más las personas que deciden emigrar a causa del alto desempleo y a la situación política imperante⁵.

Este privilegio de Argelia como canal de comunicación con Europa también es un problema para este último, por el mal manejo que Argelia tiene de su política exterior. La ausencia de una gestión eficaz se traduce en algunos desencuentros con Rusia, nación que siempre actuó como su aliado, por lo que considera a Argelia una de sus áreas de influencia natural, y que actualmente está actuando sobre Mali, donde presta apoyo al gobierno en su lucha contra las milicias separatistas y yihadistas,

Ahora bien, es sin dudas el conflicto en el Sáhara Occidental en donde el fracaso de la política exterior de Argelia la llevó a una tensión con Rusia a causa de su abstención en la votación por la extensión de un año más al mandato de la Misión de Naciones Unidas para el Referendum en el Sahara Occidental -MINURSO-. Dicho accionar ruso se interpretó como una victoria en Rabat y una derrota para Argelia. Esta lectura nace en la mantención de un *statu quo* que favorece a Marruecos gracias a los recientes apoyos de distintos países europeos como el reconocimiento español al plan de autonomía marroquí, en 2022, y a la renovación del apoyo francés a esta planificación por la que Macron le reconoció al rey de Marruecos, Mohammed VI, que “la autonomía es la única base de solución al conflicto”.

Por el contrario, la posición del gobierno de Argelia frente al Sahara Occidental es la de franco apoyo al Frente Polisario, a la autodeterminación de su pueblo, y a la denominada República Árabe Saharaui Democrática, que choca a las claras con la política exterior que tomaron los dos estados europeos al ceder posiciones en apoyo a Marruecos y a su intención de incorporar la región -con autonomía- a su estado.

Por último, y quizás como una paradoja de las distancias entre la población y el gobierno argelino, las diferencias desaparecen ante el respaldo conjunto a la causa Palestina. En este acompañamiento, el FLN asocia la lucha palestina contra Israel como una similitud a aquella que mantuvo Argelia frente a Francia y por la que el presidente Tebboune rechazó la intención de Israel de ser estado observador en la Unión Africana y la que lo condujo a actuar siempre como mediador en la lucha de facciones palestinas

Conclusión

Argelia es un país con una ubicación geográfica estratégica por su cercanía y accesibilidad a

Europa, además, sus yacimientos de hidrocarburos, actualmente desaprovechados, lo posicionan como un Estado con grandes posibilidades de comercio y aceleración económica comercial en beneficio propio y de su población.

La planeación con base y fundamentos en los beneficios comunes y el desarrollo económico podrían servir para disipar los miedos a escala interna y externa, al mismo tiempo que concentrar energías y esfuerzos en aras del bien común y de la estabilidad social, política y económica.

En tanto no exista voluntad política para tomar la senda de la prosperidad y la democracia, las posibilidades de éxito se reducirán sin lugar a dudas. Un camino grande, de enormes fuentes y recursos energéticos, de rica historia y cultura, va a requerir de consensos. Este mecanismo deberá posicionar a las instituciones gubernamentales en su lugar y alejar a las Fuerzas Armadas del control político para que cumplan simplemente el rol de actores de la defensa nacional.

Toda intervención ajena a los fines naturales por la que los ministerios y organizaciones del Estado fueron creados sólo servirán para obstaculizar el desarrollo en cualquiera de sus amplias formas. En tal sentido, más allá de las posiciones partidarias, sean estas seculares o religiosas, podrán competir en libres elecciones que garanticen reglas claras de juego y participación.

De igual manera, la diplomacia debe cumplir su rol como instrumento de la política exterior y ser capaz de negociar y representar los intereses vitales del Estado. Argelia debe buscar la manera de sortear las trabas a las que se ve sometida actualmente, y lograr que la población recupere la creencia y convicción no solo en los propios fines que persigue, sino en la fuerza de su pueblo, la posición preponderante que ocupan en el enclave de Magreb y en las tradiciones políticas de la democracia, la libertad económica y la soberanía del pueblo.